

YHWH es mi salvación

Un mismo sentir en oración | Lucas 9:28-36

Bendiciones. Que Dios los guarde y los bendiga en la verdad conforme a su amor y benevolencia. Damos gracias a Dios nuestro Padre, quien nos da la fuerza para seguir adelante y vivir conforme a su majestad.

El enfoque de nuestra reflexión se encuentra en los versículos que narran la transfiguración de Jesucristo. El propósito principal es contemplar a Jesús para imitarlo, específicamente en su vida de oración. Ya hemos abordado la transfiguración y otros aspectos de la oración en relación con el Maestro, y hoy nos uniremos bajo un título central: *Un mismo sentir en oración*.

Entreguemos este tiempo al Señor a través de la oración:

Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, ayúdanos hoy a dar gloria a tu nombre y a que nuestro corazón se alegre en tu salvación. Permítenos adorarte en espíritu y en verdad, y reconocerte eternamente. Anhelamos recibir de ti sabiduría, revelación y un entendimiento abierto, cuidando que el enemigo no nos quite la semilla de tu palabra. Ayúdanos a habitar en tu plenitud, a ser fieles y a prepararnos como una virgen pura, sin tacha y sin mancha, para esperar tu venida. Declaramos que la gloria es tuya por tu misericordia y fidelidad, porque tú nos hiciste y no nosotros a nosotros mismos. En el nombre de Jesús, amén.

La base de la imitación: Vivencia antes que enseñanza

Nuestra base se encuentra en Lucas 11:1, donde se relata que, estando Jesús orando en cierto lugar, al terminar, uno de sus discípulos le dijo: «*Señor, enséñanos a orar, así como Juan enseñó también a sus discípulos*».

A menudo aprendemos de las enseñanzas explícitas de Jesús, como el Padre Nuestro, lo cual es excelente y fundamental. Sin embargo, también debemos observar lo que Jesús vivió en la oración para aprender de su experiencia directa. El Señor afirmó que todo lo que hacía y decía provenía de lo que veía y oía de su Padre.

Existe una relación profunda entre la vida y la enseñanza. Jesús confrontaba a los fariseos porque ellos enseñaban pero no vivían lo que predicaban; en cambio, Jesús vivía y luego enseñaba. Antiguamente, los discípulos seguían a un rabino no solo para escuchar sus palabras, sino para observar sus acciones y aprender a actuar mediante la imitación. Ese mismo principio es el que nos llama a contemplar el escenario de la transfiguración.

El escenario de la transfiguración en el Evangelio de Lucas

El relato de Lucas 9:28-36 describe este acontecimiento de la siguiente manera:

Unos ocho días después de estas palabras, Jesús tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. Mientras oraba, la apariencia de su rostro cambió y su ropa se volvió blanca y resplandeciente. De repente, dos hombres hablaban con él: Moisés y Elías, quienes apareciendo en gloria, hablaban de la partida de Jesús, la cual estaba a punto de cumplir en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros estaban rendidos de sueño, pero cuando despertaron por completo, vieron la gloria de Jesús y a los dos varones que estaban con él. Al retirarse ellos, Pedro dijo a Jesús: «Maestro, bueno es que nos quedemos aquí; hagamos tres

enramadas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías», sin saber lo que decía. Mientras hablaba, una nube los cubrió y tuvieron temor al entrar en ella. Y de la nube salió una voz que decía: «Este es mi Hijo, mi escogido; escúchenlo a él». Al cesar la voz, Jesús quedó solo. Los discípulos guardaron esto en secreto y por aquellos días no contaron nada de lo que habían visto.

A diferencia de los relatos de Mateo y Marcos, donde la transfiguración se presenta de forma inmediata ante los discípulos, Lucas resalta que el motivo de subir al monte era orar. Jesús no realizó un ademán ni una señal con las manos para transformarse deliberadamente; la transfiguración ocurrió de manera natural mientras él permanecía en oración, como resultado de la gloria divina que estaba siendo ministrada en él. Es en este contexto de comunión íntima donde el Padre testifica: «*Escúchenlo a él*».

El tema en común: El éxodo espiritual

El texto menciona que Moisés y Elías hablaban con Jesús. Cuando las personas se reúnen, naturalmente buscan temas en común que les interesen y en los cuales coincidan. No andan dos hombres juntos si no se han puesto de acuerdo, tal como lo señala el profeta Amós. Por lo tanto, la presencia de estos personajes no fue un azar, sino una cita divina en un mismo sentir.

Filipenses 2:5 nos exhorta: «*Haya, pues, en ustedes esta actitud que hubo también en Cristo Jesús*». La palabra *actitud* engloba tanto la manera de pensar como la de sentir. Tener este mismo sentir nos encamina a trazar los mismos pasos de Cristo: despojarnos, tomar forma de siervo, ser obedientes hasta la muerte y, finalmente, ser honrados por Dios.

El versículo 31 nos revela la pista del tema central de aquella conversación: hablaban de la partida de Jesús que estaba a punto de cumplirse en Jerusalén. En el texto original griego, la palabra utilizada para "partida" es *éxodo*. Esto conecta directamente la misión de Jesús con las vidas de Moisés y Elías en un profundo significado espiritual.

- **Moisés y el Éxodo histórico:** Al pensar en Moisés, evocamos inmediatamente la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto para conducirlo a Canaán. Espiritualmente, representa la salida de las tinieblas del mundo y de sus sistemas opresores hacia la luz admirable de Dios.
- **Elías y el Éxodo de la apostasía:** En el tiempo de Elías, el pueblo ya se encontraba en la tierra prometida, pero se había desviado hacia la apostasía y el servicio a los baales. Elías confrontó esta división y, al hacer descender fuego del cielo, demostró que Jehová es el único Dios verdadero. Su ministerio representó una transición para que el pueblo abandonara la oscuridad de la idolatría y regresara al camino de la luz.
- **Jesús y el Éxodo definitivo:** Cuando Cristo vino, el panorama también era de oscuridad espiritual y religiosidad desviada. Juan el Bautista tuvo que venir a enderezar las veredas de un pueblo perdido. Al morir en la cruz, Jesús efectuó el éxodo definitivo, trasladando a su pueblo espiritual de las tinieblas a su luz admirable.

Los tres —Moisés, Elías y Jesús— compartían un mismo sentir: la transición de las tinieblas a la luz. Hablaban del éxodo, del camino de la cruz y de la salvación.

Alineando nuestra oración con el sentir de Dios

Este acontecimiento nos confronta sobre la naturaleza de nuestras propias oraciones. Si orar es hablar con Dios, ¿cuál es nuestro tema de conversación? ¿Cuál es nuestro sentir ante el Padre?

El verdadero tema de nuestra oración debería ser nuestro propio éxodo: pedirle a Dios que nos ayude a salir de cualquier pecado, oscuridad o dominio del mundo para entrar en la plenitud de su reino. Debería ser el abandono de cualquier idolatría o influencia que nos haga cavilar entre dos pensamientos, para rendirnos a una adoración genuina. Jesús fue claro: «*El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí*

mismo, tome su cruz cada día y sígame». La cruz representa ese éxodo, la muerte al viejo hombre y al sistema del mundo.

Lamentablemente, muchas veces nuestras oraciones no buscan la santificación ni la preparación para la venida de Cristo. Como señala Santiago, pedimos y no recibimos porque pedimos mal, con el único fin de gastar en nuestros propios deleites terrenales. Oramos para amar y disfrutar este mundo, pretendiendo mantenernos en Egipto o sirviendo a los baales, pero reclamando los beneficios del Reino.

No se puede sostener una doble ciudadanía espiritual. Dios nos llama a renunciar por completo a la ciudadanía del mundo para abrazar la del cielo. No podemos buscar refugio en Egipto, como hicieron erróneamente en los tiempos de Jeremías. Incluso cuando pedimos cosas legítimas, como un matrimonio, un trabajo o un ministerio, debemos examinar las intenciones del corazón. ¿Pedimos una pareja para construir una ayuda idónea o para levantar un ídolo? ¿Anhelamos dones espirituales para la gloria de Dios o para alimentar nuestro propio ego y ser admirados?

El apóstol Pablo nos recuerda en sus cartas que el tiempo es corto, y que debemos vivir en este mundo enfocados en lo eterno, reconociendo que somos extranjeros y peregrinos cuya ciudadanía real está en los cielos. Dios desea darnos su Espíritu Santo a quienes se lo pidan, precisamente para guiarnos en los procesos de convicción de pecado, justicia, juicio y santificación.

Conclusión y oración de fe

La oración es el altar donde nos ponemos de acuerdo con Dios y recibimos su dirección. Es allí donde Él nos provee de su gracia y de su poder para vencer el pecado que nos asedia y permanecer firmes en la luz. Resolvamos, pues, que nuestra comunión diaria esté alineada con el propósito divino.

Oremos juntos:

Padre celestial, te damos gracias por tu amor inagotable. Rogamos que la intención de nuestra oración sea siempre salir de las tinieblas hacia la luz. Entregamos ante ti

cada área de debilidad y pecado para ser limpios, viviendo en santidad porque la venida de tu Hijo Jesucristo está cerca. Anhelamos tomar nuestra cruz cada día y seguirte con fidelidad.

Si hoy deseas reconciliarte con Dios y realizar este éxodo espiritual, te invitamos a declarar: Padre, venimos ante ti reconociendo tu poder. Queremos salir de las tinieblas y habitar en tu luz inigualable. Confesamos a Jesús como nuestro Señor y Salvador, creyendo que lo resucitaste de los muertos y que en Él tenemos vida eterna. Gracias por reconciliarnos contigo a través del único mediador. Guíanos, transforma nuestras vidas y ayúdanos a glorificar tu nombre.

Te pedimos también por cada necesidad sobre la tierra; tú eres quien suple conforme a tus riquezas en gloria. Llénanos de tu Espíritu Santo, guarda a las naciones, trae sanidad, sustento y salvación. Que nuestros corazones permanezcan bajo la bendita expectativa de tu pronto retorno. En el nombre de Jesús, amén y amén.